

11. Gaona, el edificio invisible

Víctor Heredia

Profesor en la Facultad de Económicas de la Universidad de Málaga

vmheredia@uma.es

Rafael Maldonado

Profesor de geografía e historia en el Instituto Gaona

esaspgaona@gmail.com

rafacarlos@telefonica.net

Francisco Pareja

Profesor de geografía e historia en el Instituto Gaona

pacoparejapareja@gmail.com

Hay cosas que son invisibles, sencillamente, porque no se pueden ver. Escapan al dominio de la visión. Otras, sin embargo, permanecen invisibles porque no las vemos, aunque estén ahí. O porque no queremos verlas. Es decir, porque no le damos ningún valor. Un ejemplo secular de este último caso es el Gaona. ¿Que qué es el Gaona? Realmente es un concepto difícil de definir. En realidad es una calle pequeña del centro de Málaga, donde hay un viejo instituto de enseñanza media. Se llama oficialmente Vicente Espinel, pero todo el mundo lo conoce como el Gaona. Hasta ahí más o menos normal. Pero Gaona es mucho más, al menos para aquellas personas que lo conocen, que lo han visto, que han penetrado en sus secretos. Entonces saben que Gaona es un espíritu, mejor, un lugar desde el que contemplar la vida.

Ya he dicho que es un centro de enseñanza. Es decir, un sitio donde se transmiten conocimientos, se pasa el rato y se conceden títulos académicos. Pero sigue siendo mucho más. Eso lo saben muchas generaciones de gente de Málaga y de fuera que han pasado por sus aulas, sus pasillos y sus patios. Es un edificio muy antiguo, del siglo XVIII. De hace una *pechá* de tiempo. Bueno, en realidad, son varios edificios de varias épocas reunidos en un solar común. Tuvo un gran jardín, que a los franceses de Napoleón que invadieron España hace más de doscientos años les gustó mucho y lo declararon jardín botánico. Luego sirvió para enseñar cosas de las plantas y más tarde se fue dejando en el olvido y se topó con la educación física. La gimnasia, sí, hizo que se talaran árboles y arbustos para tener espacio para hacer deporte. Una lástima. Pero sigue en pie un enorme aguacate, centenario, con un porte impresionante. Y sigue dando frutos. Qué pedazos de aguacates. No como los que venden en los supermercados, no. Aguacates salvajes, auténticos. Es que son del Gaona. Y muy buenos.

La verdad es que todo esto tiene una historia, pero es muy larga y se hace pesada. Había una vez un señor que se dedicaba al comercio con lugares lejanos, llamado

Baltasar Guerrero. Era hermano de un conde, el conde de Buenavista. Eran de una familia de origen italiano, de Génova. El conde estaba en sus cosas y su hermano administraba los bienes. Se hizo una casa muy chula, como un palacio en pequeño, con una fachada interior muy peculiar, con varias terrazas escalonadas que miraban al jardín (el mismo del que he hablado antes). Esto ocurrió en el año 1706. Luego un sobrino, hijo del conde (que era conde también), se quedó con el edificio y lo amplió con una pequeña iglesia. Es que se había metido a cura, queremos decir que era sacerdote, porque se había casado varias veces y se le morían las esposas. La iglesia o capilla era también peculiar: tenía (y tiene) planta octogonal, con ocho lados, y otra iglesia bajo tierra con forma de donut, pero al revés. Es decir, es circular con un pilar en el centro.

Pasó algo de tiempo y el conde, animado por un obispo que vivía en Madrid y mandaba mucho en España, cedió todo (casona e iglesia) a otros curas, los sacerdotes del Oratorio. Los filipenses, de San Felipe Neri, el santo de la alegría. Estos curas eran muy activos y hacían muchas cosas y la casa y la iglesia se les quedaron chicas. Y tiraron para adelante. Y ampliaron. Sobre una ollería (un sitio con hornos para hacer cacharros de barro, de cerámica) construyeron un patio con columnas y decorado con pinturas murales. Esto pasó en 1752. Las pinturas han permanecido mucho tiempo invisibles, pero porque estaban tapadas. Son muy interesantes. Salen varios personajes históricos y a ver si alguien algún día es capaz de entender lo que quieren decir. Ah, también hay escudos y lápidas con frases en latín. Se pueden medio entender, hablan de *humilitas* y *sapientia* y cosas así. Humildad y sabiduría, tampoco hay que estudiar mucho, jeje.

Con la iglesia la cosa fue más difícil. Un cura llamado Cristóbal, como un conserje que trabajó en el Gaona hasta que se jubiló hace unos años, digo, el cura Cristóbal de Rojas se empeñó en ocupar una placita que había delante de la iglesia. Y la ocupó, vaya si la ocupó. Con permiso del ayuntamiento y todo. Mereció la pena, porque quedó un templo grande, con una nave ovalada muy curiosa. Pusieron una imagen de San Felipe sobre la puerta con una calavera en la mano, que da un poco de *yuyu*, así como a lo Hamlet.

Los curas filipenses ya tenían una casa grande, una iglesia grande y un jardín grande. Pero entonces vinieron las cosas feas: una epidemia que mató a unos cuantos, la invasión de los franceses y la desamortización. Esto fue lo peor (para ellos), porque los echaron y el Estado se quedó con todo. Esto pasó en 1836. Diez años después a alguien se le ocurrió que el edificio (ya sin la iglesia, que la hicieron parroquia) podía servir como instituto de segunda enseñanza. Era algo nuevo, nunca antes había existido algo parecido y tardaría casi un siglo en haber otro (en la provincia, en Antequera).

Era el año 1846 y a partir de octubre empezaron a entrar niños y adolescentes. Todos varones, nada de chicas. En realidad eran unos pocos, hijos de familias de clase media que podían pagar esos estudios. Los espacios cambiaron su uso y se hicieron clases, salas de profesores, gabinetes para guardar cosas para enseñar (como animales disecados, aparatos científicos, mapas y cosas así). Los niños siempre han sido un poco cafres. Bueno, han sido niños, unos más brutos y

asalvajados y otros más tranquilos y sensibles. En casi 180 años han pasado miles, e increíblemente el Gaona ha resistido.

En un momento asomaron por la puerta algunas chicas. Esto pasó en 1878, pero tardaron más tiempo en entrar, y hasta los años de 1920 no se hicieron habituales. Entonces ya había jóvenes de ambos sexos. Era lo que llamaban coeducación. El edificio seguía siendo el mismo de los curas. Solo se había hecho un pabellón, al fondo del jardín, para meter los cachivaches de los gabinetes y los animales disecados, que eran un montón. Ahora se pueden ver en otro instituto, en Martiricos. En 1936 se produjo una guerra, algo horrible. La Guerra Civil. El Instituto no fue ajeno a esa guerra y pasaron muchas cosas. Durante un tiempo no hubo clases, pero sí exámenes. Hubo muerte y exilio. Y las niñas y los niños quedaron separados. El patio grande, el de las columnas, para ellos. El patio chico para ellas. Por entonces pusieron un zócalo de azulejos (que ayuda mucho a mantener limpias las paredes) con unas figuras del Quijote, que son muy curiosas y que están dando mucho juego. Gustan mucho. Seguro que oirán hablar de estos azulejos. El Quijote del Gaona. Al tiempo.

Siguió pasando eso, el tiempo, y siguieron llegando estudiantes, cada vez más. Los niños se fueron a otro sitio más nuevo (Martiricos, ya lo he dicho). Las niñas permanecieron en el edificio viejo, con un jardín cada vez más abandonado y más pequeño. Entre otras cosas porque hicieron un salón de actos sobre parte del jardín (aparte de lo que he dicho antes de la gimnasia). Por eso se perdieron las altas palmeras que eran mecidas por el viento y solo quedó el solitario aguacate. ¿Les hemos dicho que da unos aguacates muy buenos?

Pero el edificio resistió los cambios, la llegada de mucha más gente y hasta la vuelta de los niños, que de nuevo convivieron con las niñas. Eso de niños y niñas es un decir, porque con el BUP ya entraban con catorce años. Luego con la ESO la edad de ingreso bajó a doce. Antiguamente se comenzaba el bachillerato con diez años. Para la gimnasia se levantó un pabellón deportivo en la parte de atrás y se aprovechó para plantar árboles nuevos, que ya están grandes. Donde están se jugaba antes al baloncesto. Es decir, esos árboles nos hacen viejos, o más viejos de lo que nos gustaría.

La gente joven de todas las épocas se parece mucho, aunque cambie la forma de vestir, las modas, las canciones, las frases típicas y esas cosas. Pero el Gaona, ese lugar invisible por el que han pasado tantas generaciones, sigue ahí. Resistiendo al tiempo y a las personas. O mejor, acogiendo con sabia serenidad y vieja humildad el paso del tiempo y de las personas. Se lo dijimos, Gaona no es un lugar, es un espíritu. Quizás por eso ha permanecido invisible para tanta gente durante tanto tiempo. Y quizás por eso sigue ahí y no es un bloque de pisos o de apartamentos turísticos o uno de esos cubos blancos que se hacen ahora por todos lados.

Por cierto, Gaona no es el nombre de ningún torero mexicano, que es lo que pone en las enciclopedias (ahora en la Wikipedia). Es muy antiguo, ya estaba en el siglo XVI. El origen de este nombre es un misterio y es lo que estaba en el principio,

cuando nada de todo esto existía. Y seguramente, cuando algún día todo desaparezca, quedará el nombre. El Gaona, claro⁹⁹.



Ilustración 32. Tres imágenes de los vocacionales profesores que conservan por amor al arte el patrimonio mueble e inmueble del instituto histórico de Málaga, el IES Vicente Espinel, conocido popularmente como "Instituto Gaona".

Nota de la editora: Por orden de izquierda a derecha: Víctor Heredia, Rafael Maldonado, Paco (Francisco Ángel) Pareja. Estas imágenes son capturas de pantalla de la edición del vídeo del montaje de aquella sesión inolvidable sobre patrimonio histórico y cultural malagueño que disfrutaron los ponentes del Congreso Claroscuros el 10 de diciembre de 2023. Cortesía de nuestro camarógrafo, realizador y productor, Franky (Francisco) Antequera.

⁹⁹ Nota de la editora: La grabación de esta sesión de visita guiada por los autores de este texto, donde participaron los ponentes del Primer Congreso Internacional y Festival de Estudios Culturales de la Universidad de Málaga, el 10 de diciembre de 2023. Disponible en Canal Proyecto Claroscuros (arte pop español) UMA: <https://www.youtube.com/watch?v=HoYgDiozVb8> [07/02/2026] Grabación y montaje por Franky Antequera, cámara y técnico audiovisual del Proyecto Claroscuros.